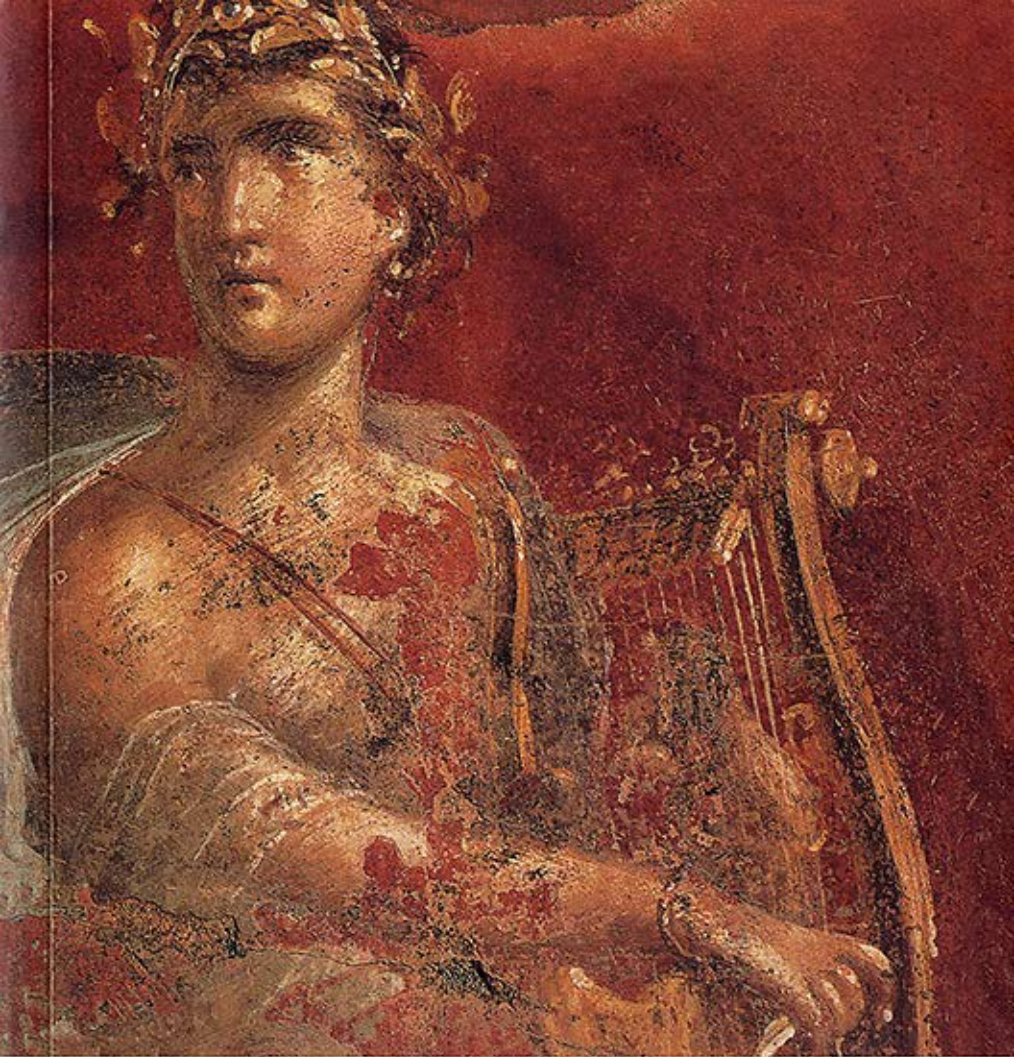




PLOTINO

Sobre la belleza

SOBRE
LA BELLEZA



Plotino

SOBRE LA BELLEZA

Prólogo
de
Agustín López

Traducción
de
Agustín López
y
María Tabuyo

EL BARQUERO

I

La belleza apela fundamentalmente a la vista, pero también al oído a través de las combinaciones de las palabras. Está presente también en toda forma de música, pues las melodías y los ritmos son bellos. Y si ascendemos por encima de la percepción sensible, hay bellas ocupaciones, acciones y ciencias, y está, además, la belleza de las virtudes. Si hay también una belleza más allá de éstas, lo veremos luego. ¿Qué es lo que hace que los cuerpos nos parezcan bellos, que el oído juzgue los sonidos bellos y que todo lo que pertenece al alma sea de algún modo bello? ¿Son bellas todas esas cosas en virtud de un mismo principio? ¿O es la belleza de cada cosa de una clase distinta a la belleza de las otras cosas? ¿Y cuál

es la naturaleza de esos principios o de ese principio?

Pues algunas cosas, como los cuerpos, no son bellas por sus atributos esenciales, sino por su participación en algo distinto; pero otras cosas, como la virtud, son bellas en sí mismas.

En verdad, los mismos cuerpos parecen a veces bellos y otras veces carentes de belleza, como si su naturaleza esencial en tanto que cuerpos fuera de una misma clase, pero, en tanto que bellos, de otra. ¿Qué es entonces lo que, por su presencia en los cuerpos, constituye su belleza? Esto es lo primero que se debe investigar. ¿Qué es lo que choca a la visión del observador, lo que fija su atención, lo que le arrastra y le llena de deleite ante lo que ve? Si encontramos la respuesta a esta pregunta, quizá podamos utilizarla a modo de escala para elevarnos hacia otros descubrimientos.

La mayor parte de las personas sostiene que una proporción armónica de las partes en-

tre sí y con el todo, con la adición de un colorido agradable, constituye la belleza visual, y que la belleza de todas las cosas sin excepción consiste en ser simétricas y armónicamente proporcionadas. Pero de aquí se deduciría necesariamente que nada simple, sino sólo lo compuesto, puede ser bello. Sólo el conjunto como tal sería bello, y las diversas partes no tendrían belleza propia, sino que serían bellas sólo en tanto en cuanto contribuyen a la belleza del conjunto.

Pero para que el conjunto sea bello es preciso que las partes también lo sean; pues no puede surgir belleza de cosas feas, sino que todos los elementos que componen el conjunto deben tener también su belleza propia. Se deduciría, también, que los colores bellos, como la luz del sol, al ser simples y no poseer una belleza derivada de proporciones simétricas, deberían haber sido excluidos del dominio de lo bello. Si esta proposición fuese verdadera, ¿có-

mo podría ser bello el oro, o el relámpago en medio de la noche, o el espectáculo de las estrellas en el cielo? Lo mismo ocurre con los sonidos: los que son simples no podrían tener belleza. Sin embargo, en composiciones que son hermosas en su totalidad cada nota simple tiene su belleza propia. Además, y puesto que, aunque se mantenga la misma proporción, un mismo rostro puede aparecer bello en algunas ocasiones pero no en otras, ¿cómo se puede dejar de admitir que la belleza de lo que está armónicamente proporcionado es distinta de la armonía misma, y que lo proporcionado es bello en virtud de algo distinto?

Pero si dirigimos la atención a las ocupaciones y discursos bellos, y se mantiene que la belleza de estos radica en su proporción, ¿en qué consiste esa proporción en las ocupaciones, las leyes, las enseñanzas o las ciencias? Pues, ¿de qué modo pueden las especulaciones ser proporcionadas entre sí? Y si se res-

pondiere: porque armonizan entre sí, ¿qué ocurre con el acuerdo y la armonía entre cosas que son malas? Si se mantuviera que la moderación es locura y la justicia una generosa debilidad de carácter, estas dos proposiciones armonizarían y serían coherentes y mutuamente concordantes cada una con la otra. Además, cada virtud es una belleza del alma, y una belleza más verdadera que las que hemos considerado. ¿Cómo, entonces, puede ahí haber proporción? Ciertamente, no en tamaño o en cantidad. Y puesto que el alma tiene facultades diversas, ¿por qué método de cálculo podrá ser determinada esa reunión o combinación de facultades o especulaciones para que sea bella? Y, por último, ¿cuál puede ser la naturaleza de la belleza del intelecto, que es unitario y solo?

mar; debemos renunciar a todos estos medios. No deberíamos ni siquiera mirarlos, sino que con los ojos cerrados debemos cambiar nuestra visión terrenal por otra distinta, y despertar a la visión que todos poseen pero pocos utilizan.

IX

¿Qué es entonces lo que ve esta visión interior? Nada más despertar no puede ver todavía esplendores demasiado deslumbrantes. El alma, por consiguiente, debe acostumbrarse, antes que nada, a contemplar las bellas ocupaciones y a continuación las obras bellas, no aquellas que son ejecutadas por artesanos sino las que son realizadas por hombres buenos. Después de esto, contempla las almas de los que obran tales acciones bellas. ¿Cómo, en-

tonces, puedes contemplar la belleza de un alma virtuosa? Retírate en ti mismo y mira. Y si todavía no te contemplas a ti mismo bello, haz como el autor de una estatua que debe ser hermosa; pues él quita, raspa, pule y limpia, hasta que ha dejado plasmada en la estatua la belleza del rostro que retrata. Haz así contigo. Quita lo superfluo, endereza lo que está torcido, purifica lo que es oscuro: trabaja para hacer que todo brille, y no ceses nunca de moldear tu estatua, hasta que brille sobre ti el esplendor divino de la virtud, hasta que contemples la templanza establecida en la pureza en su templo sagrado.

Si has llegado a ser esto y lo has contemplado, y moras en tu interior en la pureza, y nada hay ya que te impida así devenir uno, si nada hay mezclado con tu naturaleza interior, sino que todo tu yo es verdadera luz y sólo luz, no medida por tamaño ni circunscrita por la limitación de ninguna figura, ni acrecentada en mag-

nitud por ilimitación, sino totalmente incon-
 mensurable, más grande que toda medida y más
 poderosa que toda cantidad, si te contemplas a
 ti mismo crecido hasta este punto, habiendo lle-
 gado ya a ser la propia visión, reúne todo tu va-
 lor y asciende todavía más alto, pues ahora ya
 no necesitas ningún guía. ¡Contempla atenta-
 mente y ve! Sólo este ojo contempla esa pode-
 rosa Belleza. Pero si el ojo presentase una visión
 nublada por los vicios, impura o debilitada por
 la cobardía, no podría mirar sobre tal gloria, y
 no vería nada, incluso aunque otros estuvieran
 cerca para señalarle lo que los demás pueden
 ver. Pues el que contempla debe estar próximo
 a lo contemplado, y, antes de llegar a esa visión,
 debe ser transformado a su semejanza. Ningún
 ojo podrá mirar al sol si no se hace semejante al
 sol, y ningún alma puede ver la Belleza a me-
 nos que ella misma sea bella.

Que cada hombre se haga primero bello y
 semejante a Dios si es que quiere contemplar

la Belleza y a Dios. Pues primero llegará en su ascenso a la región del Intelecto, y allí conocerá todas las bellezas de la forma, y verá que ésa es la belleza de las Ideas, pues por éstas son bellas todas las cosas, por la progeñe y la esencia del Intelecto. Pero a lo que está más allá del Intelecto lo llamamos naturaleza de Dios, de donde irradia la Belleza hacia todas partes, de modo que en el lenguaje común se le llama Belleza Primera. Pero si distinguimos entre los inteligibles, podemos decir que la Belleza inteligible pertenece al mundo de las ideas, pero que el Bien que está más allá es la fuente y el principio de la Belleza. A no ser que se considere el Bien y la Belleza primera como un único principio, más allá de la belleza del mundo de las Ideas.



Para Plotino, la belleza sensible, como expresión derivada
o imagen de una Belleza suprasensible, descubre,
a quien es capaz de ver más allá de las apariencias externas,
aquello que la trasciende.

ISBN: 84-9716-407-5



EL BARQUERO

José J. de Olañeta, Editor